

CAPÍTULO 1

I

Las gotas de lluvia salpicaban el ventanal del laboratorio, dejando una estela de barro amarillento. Niit se acercó al cristal y observó los relámpagos recortándose en el atardecer contra la bruma del océano. Las cuatro quintas partes de Sedna estaban cubiertas de agua; un par de archipiélagos, Kianda y Fong Yi, separados un millar de kilómetros, eran la única tierra firme que se podía encontrar en el planeta. Antes de la llegada de los humanos, los océanos de Sedna atesoraban una rica variedad de flora y fauna acuática, que durante millones de años habían convivido pacíficamente en un ecosistema sin interferencias externas.

Para cuando los primeros biólogos llegaron a estudiar sus secretos con ojos científicos, y no mercantiles, el frágil ecosistema de Sedna se había quebrado irremisiblemente. Poco se podía hacer ya para paliar los daños, pero Niit estaba decidida a trabajar duro, y su equipo de xenobiólogos no se había concedido un respiro desde que llegaron a aquel inhóspito mundo.

La investigación pura ya no interesaba a los gobiernos; Sedna había sido colonizado y expoliado por los suryanos durante décadas, y cuando dejó de ser útil, lo arrendaron a la corporación Markab por un plazo de cincuenta años renovables, dejando los destrozos a los nuevos inquilinos. Como la proverbial plaga de langosta, los suryanos se habían largado a seguir esquilmando los recursos de otros mundos. La

atmósfera era tóxica para todas las variedades de humanos y las autoridades suryanas no consideraron rentable crear personas con branquias o realizar adaptaciones genéticas para respirar el aire nocivo. Niit no entendía cuál era el interés de Markab en Sedna. Si los suryanos se habían ido, tenía que ser porque no había ningún interés económico en mantener bases permanentes allí, y Markab no se distinguía por patrocinar investigaciones sin conocer de antemano su rentabilidad.

Un trueno reverberó en la cúpula principal del complejo, dando paso a una tormenta de granizo que apedreó con furia los cristales blindados. Las piedras de hielo anaranjado eran huevos letales que podían matar a una persona sin protección. Afortunadamente, tuvieron tiempo de recoger sus equipos y entrar en la base con antelación suficiente a la llegada de la tormenta. Diques de contención levantados alrededor de la orilla protegían las instalaciones del oleaje. Las dos lunas de Sedna sometían las aguas a movimientos constantes, creando una tensión sobre las placas tectónicas que desembocaba en maremotos. Aquel mundo no paraba de recordarles que estaban allí de más y deberían marcharse ahora que podían, como hicieron los suryanos antes que ellos. Pero muy difíciles tenían que ponerse las cosas para que la corporación se doblegase a los elementos; Markab había pagado una buena suma de dinero por establecerse allí, y tenía fama de recuperar siempre sus inversiones.

—¿Cuándo parará de llover? —se quejó una voz a su espalda.

Damián, su jefe, le tendió una taza de café y galletas, que ella rechazó. El hombre miró impaciente el reloj y arrugó el ceño al acercarse a la ventana.

—Cada día que nos quedamos aquí dentro, cuesta dinero a la compañía —dijo—. Cuando no es ese maldito granizo, es la corrosión de la atmósfera que avería nuestros equipos. Estamos perdiendo el tiempo —bufó.

El hombre lucía un abultado vientre constreñido por una camiseta blanca con manchas de café, que al quedarle estrecha le marcaba sus pezones grasientos; pese a sus palabras, no acostumbraba a salir fuera a trabajar incluso con buen tiempo. Damián prefería la poltrona de su despacho a la labor de

campo; decían que en algún momento de su carrera llegó a ser un buen genetista, pero Niit sólo había encontrado un par de publicaciones en la Red firmadas por él, y eran de la época de sus prácticas de doctorado.

—Mañana haremos una excursión con el batiscafo —le informó ella—. Descenderemos tres mil metros para estudiar una chimenea oceánica y recoger muestras. ¿Vas a venir?

—¿Con este tiempo no habrá demasiadas corrientes?

—No, según nuestros sensores.

—Aquí las aguas siempre están agitadas, y los seísmos...

—El último maremoto se produjo hace seis meses, y fue de baja intensidad. No parece que vaya a repetirse en una temporada. Además, se supone que nos pagan para explorar este lugar.

—Lo sé. Es que los suryanos nos dieron tan poca información de este jodido planeta que me preocupa lo que os pueda pasar si bajáis tan pronto.

—Hemos enviado siete minisubs antes, Damián. Ningún monstruo va a atacar nuestro batiscafo.

Aunque, para variar, me gustaría que los hubiese, pensó Niit; indicaría que aún quedaba algo vivo de un tamaño mayor que una sardina. La invasión de microorganismos traídos del exterior por los suryanos había interferido en la formación del plancton, alterando desde la base la cadena trófica. Muy pocas especies se habían salvado al desastre, y debían catalogar todas las que pudieran.

—No lo tengas tan claro. Yo no confiaría mi vida a una lectura de sonar. Hay bichos que absorben esas ondas.

—Podemos retrasar la expedición, pero no creo que sea buena idea.

—Niit, nosotros no causamos esta tragedia. Por una semana o dos que te retrases, no va a pasar nada.

Directamente, no la causaron, reconoció ella. Pero, al fin y al cabo, los suryanos también eran humanos. O lo habían sido antes de sufrir su primera muerte. Una conciencia resucitada en otro cuerpo no tenía el estatus legal de humano dentro de la federación terrestre. El gobierno suryano, desde luego, no perdía el sueño con eso.

—Deberías aprovechar tu tiempo con algo más productivo —le aconsejó él—. Con la pareja de narvales, por ejemplo.

—Te noto muy interesado en ellos. Es la tercera vez en lo que va de día que sacas el tema.

—Para mí, esos bichos no tienen más valor que dos delfines con cuernos. Es la central terrestre la que me pide informes.

—Son mucho más inteligentes que los delfines.

—¿Se habrían dejado masacrar si lo fueran? Vamos, Niit, por mucho que hemos buscado, no hemos encontrado construcciones subterráneas ni rastro alguno de tecnología en este planeta.

—Entonces, me gustaría saber por qué la compañía tiene tanto interés en ellos.

—No lo sé. Quizá forme parte de una nueva estrategia corporativa. ¿Por qué no me acompañas y echamos un vistazo al estanque?

—Son muy sensibles y se ponen nerviosos cuando ven a alguien que no sea yo.

—He hecho instalar una mampara de espejo en la sala de control. No podrán verme.

Niit se encogió de hombros y bajaron por la escalera de caracol al sótano, donde se hallaba el estanque climatizado, con las mismas condiciones de salinidad y temperatura que el océano de Sedna. Un complicado sistema de filtros y depuradores vigilaba que ningún patógeno contaminase los nutrientes de los que se alimentaban los cetáceos. Una de las paredes acristaladas del estanque lindaba con el mar, para permitir que los narvales tuvieran a la vista su hogar y no perdiesen la esperanza de ser devueltos al océano cuando se recuperasen.

Damián se ocultó en la cabina de observación y la mujer se aproximó al estanque. Los animales advirtieron de inmediato su presencia y golpearon sus cuernos contra el cristal. Evidentemente, no eran auténticos narvales, una especie que en la Tierra llevaba siglos extinguida, pero su parecido con las fotografías que se conservaban de aquellos cetáceos era sorprendente. Un cuerpo voluminoso, de seis

metros de longitud en el macho y cuatro en la hembra, cubierto de una piel gruesa, les ayudaba a soportar las bajas temperaturas oceánicas. La función del cuerno delantero era desconocida; no parecía que los narvales lo utilizaran como arma para combatir a los depredadores o para luchar entre sí, pero Niit tampoco conocía mucho de su organización social. Lo que sí había averiguado era su sensibilidad a un amplio rango de frecuencias, desde ultrasonidos a ondas de radio. Tal vez aquel cuerno formaba parte de su sistema sensorial y les ayudaba a captar las llamadas de otros congéneres.

Se acercó a la consola de traducción y les saludó de la manera acostumbrada. No hubo respuesta. Gema, la hembra, se dio media vuelta y se alejó al otro extremo del estanque, expresando su enojo. Tayalore, el macho, miró a la mujer fijamente con ojos resplandecientes, como los de un gato en la oscuridad, y señaló con su cuerno la cabina de observación. El animal sabía que Damián estaba allí escondido. Emitió un chillido que la consola fue incapaz de traducir, y un burbujeo indignado se escapó de su boca.

Damián tendría que aguzar su ingenio y ser más sutil, sonrió ella. Colocar cámaras de circuito cerrado tampoco servía; si los narvales percibían que alguien les espiaba, se negaban a entablar comunicación con ella. Eran unos animales muy listos.

—Es inútil, tienes que irte.

El hombre salió de la cabina, molesto por haber sido puesto en evidencia por aquellos peces maniáticos, y se acercó desafiante al cristal. Apagó el traductor y le enseñó los dientes a Tayalore:

—¿Quién coño te crees que eres? Tócame las narices y te serviré en rodajitas en una bandeja.

Tayalore se volvió, dio un par de coletazos y se alejó al otro lado del estanque, para reunirse con la hembra.

—Ten cuidado. Pueden entender lo que decimos —explicó Niit.

—Entonces, ¿para qué demonios usamos el traductor?

—Para entenderlos *a ellos*.

—Eso es imposible; no son más que animales, y no conocían nuestro idioma antes de... —Damián se interrumpió—. ¿Lo aprendieron de los suryanos?

Niit asintió con la cabeza.

—Pero su gobierno no nos informó de que hubiesen logrado comunicarse con ellos —dijo él.

—Puede que los narvales no quisiesen hablar con los suryanos. Si éstos traían ideas preconcebidas acerca de su especie, mejor callarse. Después de lo que Surya hizo con el ecosistema de Sedna, creo que quedó claro quién es la especie inteligente aquí.

—¿Has probado a darles alimento si hacen lo que queremos? Abriremos la cubierta del estanque —Damián consideró que Niit rechazaría colocarles microelectrodos en la piel para domesticarlos—. Es lo que se hace con los delfines.

—No les gusta ser tratados como animales. Además, no quiero arriesgarme a que nuestros gérmenes puedan dañarlos. Hasta que no estemos seguros de cómo funciona su organismo, tenemos que extremar las precauciones y mantener el estanque cerrado.

—Supongo que tienes razón. Tú eres la experta, nena —Damián se alejó hacia las escaleras—. Pásate esta noche por mi despacho para cenar y me comentas tu informe.

—Te mandaré el informe, pero esta noche tengo planes.

—¿Acaso saldrás a tomar el fresco, con el tiempo que hace? —pero Damián no se quedó a oír la contestación. Ya le habían dado la espalda lo suficiente aquel día, y se marchó a atosigar a otro empleado.

Niit volvió a conectar el traductor.

—No tengáis en cuenta sus palabras —dijo al micrófono—. En la raza humana, los machos están menos evolucionados que las hembras. Son violentos, mentalmente torpes, y piensan en el sexo de forma constante.

—Él te da órdenes —dijo Tayalore, acercándose de nuevo al cristal—. ¿Por qué lo consientes, si es inferior?

—Nuestra cultura no está basada en la lógica. Los humanos más capaces no suelen alcanzar el poder. El dinero, las influencias sociales, la suerte o la fuerza bruta determinan que una persona esté por encima de otra.

—No nos gusta —dijo Gema, colocándose junto al macho.

—Ya lo he notado, pero estad tranquilos; yo cuidaré de vosotros.

—¿Cuándo volveremos al mar? ¿Podremos ver pronto a nuestra familia?

Niit encontró hace un mes a los dos narvales varados en la playa, en un estado lamentable. Gracias a sus cuidados había logrado que se recobrasen, pero no pudieron rescatar más ejemplares con vida. Cada pocos días, una barcaza recorría las islas del archipiélago y recuperaba cadáveres encallados entre las rocas. Cuando aquellos cetáceos enfermaban, perdían su capacidad de orientación, y si entraban en algún arrecife, no podían salir por sus propios medios.

Gema y Tayalore eran los últimos supervivientes de su especie. Aunque se sondeó el océano con satélites, no se detectaron movimientos de otros cetáceos, ni tampoco los cantos que los narvales emitían para comunicarse entre sí, una abigarrada sinfonía de complejos matices que difícilmente volvería a interpretarse en aquel mundo.

Niit les había ocultado la verdad para facilitar su recuperación, pues temía que cualquier deterioro en su estado de ánimo afectase a su ya debilitado sistema inmunitario. Ahora se les veía plenamente restablecidos, pero no quería arriesgarse hasta conocer más de ellos.

—El mar no es un lugar seguro para vosotros —admitió ella—. Está contaminado, y habrá que limpiarlo.

—¿Cuándo podremos volver? —insistió Tayalore.

—El proceso será lento y costoso. Tienen que autorizarlo nuestros jefes.

—¿Damián? —el traductor añadió un berrido de desagrado.

—No. Otros que están muy lejos de aquí. En la Tierra.

—Es el planeta en que naciste —recordó Tayalore—. Nos has hablado de él.

—Sí.

—Nos dijiste que la contaminación es un problema grave para vosotros.

Niit adivinó adónde quería llegar Tayalore.

—Me estás insinuando que si no podemos limpiar la basura de nuestro propio mundo, no seremos capaces de hacerlo aquí. Y la verdad es que aún no sé cómo lo haremos, pero al menos, Sedna está deshabitado. En la Tierra, tomar decisiones es complicado; existen muchas naciones y cada una tiene sus propios intereses. Aunque hay un gobierno mundial, no funciona todo lo bien que debiera. Pero en Sedna, las cosas serán más sencillas, os lo prometo.

—¿Más sencillas porque hay pocos humanos? —observó Tayalore—. Si los que quedan se marchan, será más fácil que todo vuelva a ser como antes.

—La contaminación no desaparecerá por sí sola, y vuestra especie carece de tecnología para restaurar el plancton a los niveles originales. Nuestra marcha no solucionaría nada.

Y, por supuesto, Markab no iba a abandonar Sedna porque Tayalore lo exigiese. Ni aún echando aceite hirviendo a los ejecutivos de la compañía, desmontarían las dos bases que tenían en el planeta.

—Tendréis que acostumbraros a nosotros —dijo en tono de disculpa.

—¿Cuándo volveremos a ver a nuestra familia? —insistió Gema, recordándole que con aquel circunloquio evadía contestarle.

—No lo sé. Tenemos otro grupo científico en el archipiélago de Kianda. Los índices de mortandad en vuestra especie han sido elevados. Hay mucho trabajo pendiente que realizar, y...

Gema se alejó al fondo del estanque. Era difícil mentir a aquellos animales sin que lo notasen. ¿Sería el tono de voz o la expresión facial? Dudaba que ellos conociesen a los humanos hasta ese extremo, pero bueno, si habían sido capaces de traducir su lenguaje, ¿por qué no podían deducir otros aspectos de la personalidad mediante la observación?

La naturaleza había sido injusta con los narvales. Les concedió el don de la inteligencia, pero les privó de sus frutos. Sin apéndices manipuladores, no podían construir herramientas; y sin herramientas, el océano era su prisión eterna. En las noches despejadas, a los narvales les gustaba salir a la superficie y mirar el firmamento; eran lo bastante

listos para saber qué se estaban perdiendo, y sufrían por ello. Por lo que Tayalore le contó, los humanos no eran la primera especie que los habían visitado, aunque hacía miles de años del primer encuentro con no humanos. No se tenía noticia de ninguna civilización alienígena viva allí fuera; se habían encontrado restos dispersos de tecnología en un puñado de mundos, pero eso era todo.

Un inquietante silencio.

Los humanos llegaban tarde a la fiesta, aunque a los narvalos ni siquiera se les había cursado una invitación.

Si la inteligencia cumplía algún cometido en el universo, en Sedna alguien había dejado el trabajo a medio hacer.

II

El teniente Valeri Ichilov encontró al grupo de alborotadores en los lavabos del muelle orbital. Canopus III, la estación en que estaba atracado el *Concordia*, disponía de rotación artificial y el funcionamiento de los aseos no difería mucho de los de cualquier cuartel en tierra firme, un lujo que cualquiera que se haya aseado con toallas húmedas en una nave apreciará bien. Pero aquellos sujetos no se habían dado cita allí para lavarse. Habían sumergido la cabeza de un soldado dentro de un cubo y cruzaban apuestas sobre cuánto aguantaría; uno de ellos contaba con un cronómetro el tiempo que la víctima llevaba sin respirar.

Valeri puso fin a aquella tortura y tomó nota de los nombres de los participantes, advirtiéndoles que estaban arrestados y no disfrutarían de permisos durante una larga temporada.

—Pero, teniente —dijo uno de ellos—, él es un fiambre. Si se ahoga, resucitará en otro cuerpo. No podemos matarlo aunque queramos.

—¡Cállate! Y no vuelvas a utilizar la palabra fiambre para referirte a los errantes —ayudó al soldado a incorporarse—. ¿Estás bien, muchacho?

El grupo se dispersó, murmurando por lo bajo comentarios despectivos acerca de Valeri. Los errantes no se habían integrado bien en el cuerpo de ejército que la Tierra intentaba crear junto a los utópicos, opositores al régimen suryano que se independizaron hace medio siglo. La sociedad utópica, aunque no era ni de lejos lo perfecta que sugería su nombre, no había parado de progresar desde entonces, y atraía a un flujo creciente de refugiados que conseguía burlar los controles fronterizos de las autoridades de Surya.

El mismo nombre de errantes aludía a su provisionalidad: el cuerpo es contingente; sólo la conciencia, resguardada en un soporte electrónico restaurable en un cerebro orgánico, permanece. La reencarnación era a la vez su liberación y su condena. Y aunque todos habían sido humanos en el pasado, muchos creían que se perdía esa condición tras morir por primera vez y ser resucitados en un nuevo cuerpo. La religión no era ajena a esta polémica: si cada persona posee un alma inmortal, y solo una, no deben existir duplicados de tu mente vagando por ahí, porque el alma no puede duplicarse, escapa del cuerpo tras la muerte y viaja, bueno, nadie sabe adónde viaja, ni siquiera si existe realmente, pero los sentimientos religiosos en la política no se podían ignorar, y en consecuencia, a un resucitado no se le consideraba un ser humano. Era una cosa, un cadáver andante, un fiambre, pero no una persona.

Los errantes de Utopía eran perfectamente conscientes del bajo concepto en que les tenían los terrestres, y con estos precedentes era inconcebible que Tierra Unida y el gobierno utópico pudiesen llegar a entenderse. La alianza de conveniencia que precariamente trataban de formar había levantado ampollas en la Tierra y aún se discutía acaloradamente sobre ella. Al margen de los movimientos estratégicos de políticos y generales, la realidad era que la alianza no funcionaba: los errantes que venían a servir a bordo de naves de Tierra Unida eran sometidos a vejaciones o, en el mejor de los casos, se les hacía el vacío. Los humanos destinados en naves de Utopía tampoco recibían un trato mejor, dado que los errantes aprovechaban para vengarse de ellos, y eso retroalimentaba el odio de los terrestres, lo que

avivaba aún más el rencor de los errantes, y así hasta el infinito. A Valeri no le sorprendería que un día no muy lejano, estallasen motines en las naves de la flota aliada.

De momento, no parecía el caso. La primera fuerza combinada de intervención rápida llevaba tres semanas en el sistema Canopus, sin que se hubiesen producido incidentes graves. Por encima de envidias y prejuicios, aquellos hombres eran profesionales; sabían hasta qué punto podían tensar la cuerda sin romperla.

O eso esperaba Valeri.

—¿Cómo te llamas, soldado?

Le tendió la mano para ayudar al joven a ponerse en pie, y vio su insignia de cabo en el pecho de su uniforme. Tenía alrededor de veintidós años, diez menos que Valeri, y sus facciones eran especialmente afortunadas; ojos azules, mentón suave y redondeado, nariz de adolescente y un gesto cándido. Notó en su pequeña mano un pulso asustado; sus dedos finos y poco varoniles, delataban escaso trabajo físico. Quizá era administrativo o técnico informático.

—Luis Torelli, señor.

—No toleramos las novatadas en esta nave. Me encargaré personalmente de que los responsables paguen por lo que te han hecho.

—Preferiría que no lo hiciera, teniente —dijo el cabo, arreglándose el uniforme—. No ha tenido importancia; y ellos tenían razón. No podían hacerme daño.

—Por supuesto que sí. No pueden matarte, pero sí causarte dolor.

—No deseo presentar una denuncia.

—Me da igual, yo la presentaré por ti. Torelli, no tienes de qué tener miedo. Los actos de indisciplina deben castigarse, o aquí nadie cumpliría una orden —observó que el joven tenía un labio hinchado y un hilo de sangre se deslizaba por sus fosas nasales—. Te acompañaré a la enfermería.

Las protestas de Torelli fueron inútiles. En la clínica le realizaron un reconocimiento completo, pero salvo ligeras contusiones en la cara y en una rodilla, no presentaba lesiones internas. Valeri revisó su ficha: no había mucha información en ella, salvo la última fecha de resurrección, nombre de sus

padres —también errantes—, y la información médica habitual. Torelli servía en la fuerza aliada desde hace un mes, y era ingeniero en sistemas informáticos avanzados e inteligencia artificial. No figuraba ningún dato de sus vidas pasadas o cuántas reencarnaciones había sufrido. Una de las características que más le desconcertaba cuando trataba con un errante era que no sabía con quién estaba hablando realmente. Torelli tenía veintidós años de edad, pero bajo su aspecto juvenil se escondía una persona probablemente más adulta que él. ¿Cuánta experiencia habría acumulado? ¿Dos vidas, tres? Y todo para acabar siendo humillado en los lavabos.

—¿Eres es único errante de nuestra nave? —dijo él.

—Me temo que sí.

—Estás en tu derecho de informar a tus mandos de Utopía, pero te agradecería que no lo hicieras. Enturbiaría aún más nuestras relaciones, y no nos conviene.

—Por mi parte, está olvidado. Yo me presenté voluntario para servir en el *Concordia* —un nombre un tanto irónico, visto el personal que trabajaba en él, pensó el cabo—. Mis superiores ya me advirtieron de lo que encontraría.

—No todos los que trabajamos aquí pensamos igual. Por si te sirve de consuelo, yo os considero completamente humanos. Si los errantes lleváis un implante craneal que preserva vuestra conciencia después de la muerte, mejor para vosotros. Conforme te haces mayor, empiezas a entender los motivos por los que la gente no quiere morir.

—La vida eterna no es exactamente una bendición —dijo Torelli—. No quiero decir que sea un castigo, pero tampoco un camino fácil.

Continuaron la conversación en la cantina. Había varios soldados y oficiales almorzando o jugando a las cartas, y no les miraron con buenos ojos cuando Valeri entró acompañado del errante. Nadie se sentó cerca de ellos.

—Creo que sus soldados no entienden bien la alianza entre Utopía y la Tierra —dijo Torelli, tomando una cucharada de un puré de proteínas verdoso.

—Lo entienden. Nuestras colonias están siendo hostigadas desde hace meses por grupos armados, y no podemos contener la amenaza con nuestros propios medios.

—Pero no tienen ni idea de dónde se ocultan.

—No. Y se supone que vosotros deberíais saberlo. ¿Para qué sirve esta alianza, si no? Siguen asaltando impunemente nuestras líneas de suministro y somos incapaces de anticipar dónde y cuándo van a aparecer.

—¿Por qué supone que mi gobierno debería conocer la localización de sus bases?

—Esa organización está formada por errantes, huidos de Surya.

—Pero también nos ataca a nosotros.

—Debería ser más fácil para vosotros infiltraros en su organización —Valeri tomó una cucharada de su propio cuenco; su sabor era tan poco apetecible como su aspecto; ligeramente salado, pero insípido—. ¿Sabes por qué se llaman la Tercera Vía?

—Pretenden ser la alternativa a la sociedad suryana y a la utópica. Se creen el movimiento definitivo para la liberación de los errantes, pero nos atacan y roban. Los terrestres hasta ahora no tenían interés para ellos, pero la vigilancia de nuestras patrullas les ha obligado a diversificar sus objetivos. Llevamos reclamando ayuda a la Tierra desde hace años, y solo ahora que sus colonias han empezado a ser atacadas, han accedido a escucharnos.

—¿Qué esperabas, Torelli? Así funciona el mundo. Casi nadie ayuda gratis al prójimo. La Tierra no habría consentido una alianza con Utopía si hubiera tenido otra opción, pero no la tiene. A los suryanos no podemos pedirles ayuda, porque no mantienen tratos con nuestro gobierno. Ellos se alegrarían de que nos viéramos obligados a abandonar nuestras colonias. La verdad, no sé por qué Surya nos odia tanto.

—Quizá por la misma razón que los terrestres odian a los errantes —sugirió el joven, apurando su cuenco de puré—. Detestan aquello que es diferente. Si Surya hubiera aceptado la diversidad dentro de su seno, Utopía no tendría necesidad de existir. Mi padre fue perseguido por el régimen y enviado a una cárcel de pensamiento. Fíjese, podrían haberle reajustado la matriz neural para que volviera a ser un miembro dócil de la sociedad suryana, pero prefirieron dejar intactos todos los recuerdos de su estancia en la cárcel, para que le atormentasen

el resto de su vida, y de paso sus amigos supieran qué les ocurría a los que realizaban actividades contra el régimen.

—¿Qué es exactamente una cárcel de pensamiento?

—No quiera saberlo —Torelli comenzó una copa de gelatina. En aquella estación, toda la comida tenía una textura blanda y pegajosa; nada lejanamente parecido a una chuleta o a un filete de jamón curado—. He oído rumores de que nuestro enemigo se oculta dentro de la nebulosa Limbo.

—¿En serio?

—Sería un buen escondite. Muy pocas de las expediciones que se han internado en esa zona han regresado. Algo en la textura del espacio dificulta la apertura de túneles de salto.

—Me extrañaría que la flota planee una expedición a esa zona. Los satélites de observación cercanos a la frontera del Limbo llevan mucho tiempo sin registrar actividad. Si alguien se ocultase en la nebulosa, ya lo sabríamos.

—Dicen que los suryanos han entrado y salido de la zona varias veces.

—Corren muchas leyendas sobre el Limbo, Torelli, pero las leyes de la física son universales; aquí, en la galaxia de Andrómeda o en el quásar más lejano, rigen los mismos principios de la física. El Limbo no es una excepción.

—Quizá no conocemos esas leyes tan bien como creemos —dijo el cabo—. Los pocos que lograron regresar con vida contaron que vieron naves atrapadas dentro de la nebulosa, desaparecidas hace medio siglo, y parecían seguir funcionando.

—Eso es imposible. ¿Conoces personalmente a alguien que haya regresado del Limbo?

—No.

—Ni yo, y apuesto a que tampoco nadie de la estación, o del *Concordia*. Son leyendas que crecen y crecen cada vez que las cuenta alguien y le añade su toque personal. Por lo que sé, el Limbo es una zona de alta radiación, posiblemente el residuo de una nova. Es esa radiación la que dificulta la apertura de puntos de salto, no ninguna fuerza misteriosa ni los espíritus de los desaparecidos.

—Está muy seguro de lo que dice. ¿Ha ido alguna vez al Limbo?

—Nadie va allí, porque no hay nada que ver. Esa zona es un desierto sin vida, como tantas muchas en el universo.

—Me han dicho que el general Ichilov va a enviarnos allí en breve —Torelli hizo una pausa, observando la reacción de Valeri al oír aquel nombre—. Si no estoy mal informado, es su padre.

Valeri asintió con la cabeza.

—Pero el general es un errante —dijo el joven—. ¿Eso quiere decir que usted también lo es?

—No todos los errantes lo son de nacimiento. Mi padre era humano y llegó a coronel en las fuerzas armadas de Tierra Unida, pero estaba obsesionado con la idea de la muerte, y se gastó sus ahorros en pasar por el quirófano para recibir un implante craneal. Cuando murió, fue resucitado en otro cuerpo, pero le negaron la readmisión en el ejército. Desde el momento que una persona resucita, pierde la condición humana según las leyes de la Tierra.

Aunque para él, su padre había perdido esa condición mucho antes de su fallecimiento. Su bienestar personal siempre estuvo por encima del de su mujer y sus hijos. Hasta su muerte, Maksim Ichilov se comportó como un egoísta integral, desentendiéndose de su familia, a la que consideraba un lastre en su carrera profesional. Valeri no sabía si su padre había cambiado algo después de resucitar, pero tampoco tenía curiosidad en averiguarlo. Había alcanzado la inmortalidad gastándose el dinero de la familia en sí mismo, como era su costumbre. Para Valeri, el Maksim original murió, y una copia que se creía su reencarnación circulaba por ahí, y había encontrado trabajo en el ejército de Utopía. La elección de Maksim para dirigir la fuerza combinada de intervención rápida tenía un valor simbólico: el Estado Mayor utópico creía que un hombre que hasta hace poco fue coronel del ejército de Tierra Unida, sería capaz de coordinar a terrestres y errantes en un objetivo común. Pero si pensaban así, evidentemente no conocían a su padre. Éste sólo servía a sus propios intereses; no sabía qué era el bien común, ni las necesidades de los demás. Maksim Ichilov era la peor elección para ostentar el

mando de una flota de intervención rápida. Si administraba tan mal su vida profesional como la personal, la derrota estaba asegurada. La Tierra perdería una a una sus colonias y se verían obligados a replegarse al Sistema Solar, como en los tiempos anteriores a la exploración interestelar. Los terrestres volverían a estar confinados en su pequeña reserva y el régimen suryano podría seguir expandiéndose sin oposición.

Era una batalla perdida. Y la implicación de gente como su padre aceleraría el fatal desenlace.

III

Elsa les estaba esperando al pie de la rampa de la nave. La descarga de la mercancía no había comenzado y la mujer ya estaba impaciente por encomendarles otro trabajo. Schiavo presintió que su estancia en base Liberación iba a ser corta. Dejó a Kopic que se encargase de vaciar la bodega del *Géminis* y fue al encuentro de la jefa de comandos.

Habían permanecido ausentes durante más de un mes, y por razones de seguridad, las comunicaciones estaban restringidas para evitar que alguien pudiese seguirles. El emplazamiento del cuartel general de la Tercera Vía seguía siendo un secreto celosamente guardado, y las medidas de protección para llegar a aquel lejano asteroide, perdido en un sistema estelar quintuple, impedían los reiterados intentos de sus enemigos por descubrirles. El ordenador de a bordo tenía que trazar una endiablada ruta de saltos para entrar allí, siguiendo un laberinto natural de líneas equipotenciales y tensores alrededor del racimo estelar, que dejaba unos pocos corredores estrechos y cambiantes. La apertura de puntos de salto en la zona requería de mapas precisos y varias IAs dedicadas a calcular las intersecciones de campos gravitatorios. Un pequeño error, y el túnel de salto colapsaba, enviando la nave al otro lado de un espejo negro, donde no aguardaba precisamente el país de las maravillas.

Aquellos espejos no devolvían la mirada, ni la vida. Schiavo y Kopic habían tenido oportunidad de comprobarlo en varias expediciones, donde perdieron naves escolta que se precipitaron o tardaron demasiado en abrir el túnel de gusano. Desaparecían del universo como una vela que se apaga bruscamente, como si nunca hubieran existido. Brax y sus lugartenientes habían elegido aquel sitio a conciencia, pero no se pararon a pensar las vidas que costaba mantener aquella fortaleza en el anonimato, o si lo habían pensado, francamente les traía sin cuidado.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí? —dijo Schiavo, apartándose a un lado para que un estibador que conducía un vehículo de descarga entrase a la bodega.

—No demasiado bien —reconoció Elsa—. Hemos perdido un escuadrón y no sabemos nada de otro que partió el miércoles. La alianza entre Utopía y la Tierra nos está perjudicando más de lo previsto. Brax ha planeado un golpe de efecto para demostrar nuestra fuerza. Quisiera mostrártelo para que me des tu opinión.

Bajaron en ascensor al nivel octavo. Casi todas las instalaciones de la organización eran subterráneas, diseñadas para resistir un bombardeo directo, salvo que volaran el asteroide completo con bombas nucleares, y dado su tamaño, los atacantes lo tendrían bastante difícil. A Schiavo, el grosor de la capa de hormigón y los contrafuertes de las galerías no le ofrecían un refugio agradable. Detestaba ese lugar, en el que no podía ver la luz del sol; se sentía un topo montando guardia con un fusil en la madriguera, yendo estúpidamente de un extremo a otro de la galería, a la espera de órdenes. Su cometido era la compra y transporte de suministros para la base, y si se presentaba la ocasión, reclutaba a nuevos errantes para que cubrieran las bajas. Técnicamente, un errante no podía morir si disponía de una copia de seguridad de su cerebro, pero sin un cuerpo en el que volcar su matriz de personalidad, ésta servía de bien poco, y de momento la organización carecía de los equipos y el personal sanitario para cultivar cuerpos de repuesto en tanques de biogénesis.

Durante el tiempo que permanecía de viaje, gozaba de cierta libertad de movimientos, pero cuando regresaba a la

topera, empezaba a sentir una opresión en el pecho y un malestar que le urgía a huir de nuevo. Aquél era un lugar insano, el olor a humedad, el aire viciado por los dos millares de personas hacinadas en las catacumbas, el frío que desprendían los pasillos abiertos en roca viva, y que no habían sido aislados por falta de tiempo, de medios, o de ganas, no convertían a base Liberación en un lugar donde echar raíces.

Elsa le invitó a pasar a la sala de control estratégico de misiones. Los láseres proyectores recrearon un mapa tridimensional de los comandos, desperdigados en una esfera de cincuenta años luz de radio. A Schiavo, que había visto ese mapa en otras ocasiones, le llamó la atención la escasez de puntos que mostraba la pantalla. La mujer le explicó que Brax estaba reuniendo el máximo número de efectivos posibles, para atacar objetivos de una colonia esclavista de Tierra Unida en el sistema Vega. Brax quería enviar una advertencia que se escuchase en toda la federación terrestre: aquellas colonias que utilizasen a esclavos errantes serían duramente castigadas. Normalmente, la organización se limitaba a extorsionar a los gobiernos locales, pidiéndoles dinero a cambio de dejarles en paz. Si no accedían, se apostaban comandos en la órbita que se dedicaban a hostigar a las naves que entraban o salían del planeta. La ayuda de Tierra Unida, cuando llegaba, era tardía y escasa, y salía más rentable a las autoridades locales pagar el impuesto a Brax que exponerse a las represalias.

—¿Habrá un bombardeo a objetivos en superficie?
—preguntó Schiavo.

Elsa manipuló los controles del proyector. El mapa estratégico fue sustituido por una imagen de la colonia Vega, sus satélites de comunicaciones y su plataforma orbital de defensa.

—Brax piensa que destruyendo la red de comunicación planetaria será suficiente. La colonia cuenta con tres radios de lazo cuántico, que la comunican con la Tierra. Un comando bajará a la superficie y las robará. Si las autoridades quieren recuperarlas, tendrán que pagar un rescate —Elsa hizo una seña a dos técnicos que operaban en sus consolas, para que abandonasen la sala, y esperó a quedarse a solas con Schiavo para continuar—. ¿Crees que merece la pena arriesgar

nuestros efectivos en una operación como ésta? Dímelo sinceramente.

Schiavo meditó su respuesta. Elsa podía estar pulsando su opinión para tantear su lealtad hacia Brax.

—No lo sé —dijo—. ¿Acaso piensas que el ataque debería ser más ambicioso?

—Nunca acabaremos con el tráfico de esclavos de esta manera. ¿Cómo va la Tierra a tomarnos en serio, si no les hablamos en un lenguaje que entiendan?

—Creo que ya les causamos bastantes problemas con los asaltos a sus líneas de suministro.

—Eso no es suficiente. Estamos aquí porque compartimos unos ideales concretos, pero nos parecemos a una cueva de ladrones. La gente que últimamente se une al movimiento son mercenarios que solo buscan dinero. Los conozco, he echado un vistazo a sus mentes. Son seres mezquinos, que nos traicionarían si tuvieran la oportunidad.

—¿Desde cuándo utilizas las comuniones para espiar?

Elsa sacudió vigorosamente la cabeza.

—Las comuniones son un lastre heredado de nuestro pasado en Surya que algún día desterraremos; pero sin ellas, a estas horas los cuervos estarían picoteando nuestros huesos.

—Se convierten en un instrumento represor terrible, si se usan para...

—Si se usan para lo que fueron concebidas. No te equivoques.

—Pero se supone que esos métodos...

—Mientras nuestra seguridad siga comprometida, no tenemos otra opción.

—Siempre hay otra opción, y déjame decirte...

—No la hay. Te aseguro.

—Si no me dejas hablar, ¿para qué me has traído aquí?

Elsa le miró con gelidez durante un instante que a él se le antojó eterno, pero algo la hizo recapacitar y el semblante de la mujer se suavizó.

—Perdona, Schiavo; no pretendo que comprendas lo delicada que es nuestra situación. Tú realizas un trabajo excelente proveyéndonos de lo que necesitamos para sobrevivir en esta roca; yo trato de mantenerla de una pieza, y

la mayor amenaza no viene de fuera, sino del interior. Debemos permanecer vigilantes para prevenir la aparición de traidores.

—He oído ese discurso antes. De boca de las autoridades suryanas.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Me has traído aquí para que te dé mi parecer. Surya es nuestro enemigo, y también Utopía y la Tierra, pero ya no atacamos a los suryanos, y además adoptamos sus métodos represivos. ¿A qué nos conduce esto?

—se volvió hacia el mapa tridimensional—. Tú quieres sangre, quieres eliminar a todos los colonos de Vega, pero eso no nos llevará a ningún lado. Los terrestres ya nos odian bastante para darles aún más motivos.

—Las buenas palabras no han arreglado nada en las últimas décadas. La Tierra sigue tolerando la esclavitud en sus colonias, y lo único que hacemos es pellizcar un poco aquí y allá. Si queremos que nos consideren algo más que un grupo de piratas, tenemos que golpearles fuerte. Vega está relativamente desprotegida, es un blanco fácil; les costó mucho tiempo y dinero construir la colonia. Ni rehenes, ni robos, les demostraremos que estamos por encima de eso.

—¿Has hablado con Brax?

—Sí, y rechazó mi plan.

—Entonces, Elsa, te sugiero que acabes esta conversación aquí y ahora, o en tu próxima comunión, alguien podría hallar en tu mente pensamientos que se supone no deberías tener.

—Vas a delatarme.

—No. No has hecho nada malo, y en el fondo comparto muchas de tus ideas; pero no la forma en que quieres ponerlas en práctica. Debemos ser pacientes; nuestro movimiento crece lentamente y contamos con pocos efectivos. Ya habrá otra ocasión.

Elsa reconoció que le estaba aconsejando por su propio bien. Schiavo era un buen amigo y jamás le haría daño. Tal vez se había vuelto paranoica, tratando de descubrir conspiraciones y traiciones por todas partes. Las comuniones eran una funesta herencia de su pasado como suryanos; las

necesitaban como una droga, no podían controlarlo. Era dolorosamente injusto aprovecharse de esa debilidad, impresa en sus genes, para violar la privacidad de las mentes de los errantes de la base. Ése era el estilo de Surya, no el de ellos.

—Andamos escasos de efectivos, Schiavo. Necesito que prepares tu nave para partir cuanto antes.

—Hablaré con Kopic. Hay que reparar los refrigeradores del motor de torsión y sustituir varias piezas de los conductos de aire, pero en una semana habremos terminado.

—Procura que sean dos días.

Abandonaron la sala de control y Schiavo subió de nuevo al muelle donde estaba atracado el *Géminis*. Las operaciones de desestiba estaban finalizando y Kopic hablaba en la entrada de la bodega con uno de los técnicos de los hangares, para que le trajese repuestos.

—Hay que tener preparada la nave en dos días —dijo Schiavo, subiendo por la rampa.

—¿A qué tanta prisa? —protestó su amigo, despidiendo al técnico—. Si acabamos de llegar.

Cerraron la compuerta de carga y pasaron a la sala de máquinas. Se habían fundido varios circuitos y el líquido de refrigeración de una de las tuberías goteaba por una junta mal sellada.

—Hago lo que puedo —se excusó Kopic, encogiéndose de hombros—. Esta nave se mantiene en pie con grandes dosis de buena voluntad, y si no disfruto pronto de unas vacaciones, agotaré mi reserva.

—Elsa quiere que participemos en una operación de combate. Un cerco a una colonia humana en Vega. Andan escasos de efectivos.

—Podemos robar más naves. Seguro que en Vega encontraremos alguna que nos sirva.

—A Elsa no le gusta recurrir al robo. Opina que daña nuestra imagen.

—¿Nuestra imagen? ¿Estás bromeando? —la sonrisa de Kopic desapareció al notar que su amigo hablaba en serio.

—La tuya no, desde luego. La de la Tercera Vía.

—Nunca me gustó ese nombre, ¿sabes? Siempre lo asocio con una carretera comarcal.

—Hasta ahora, es lo que somos. Elsa se está hartando de que sigamos circulando en un camino secundario; quiere convertirnos en autopista, pero tiene a Brax enfrente. Sin su aprobación, sus manos están atadas.

—Puede llevar su propuesta al comité.

—Kapic, aquí no hay comité que valga. Brax tiene la última palabra en todo. Elsa es terca y no cederá.

—¿Eso te preocupa?

Schiavo no contestó.

—Sigues enganchado a ella —observó Kapic.

—Nadie que se enfrente a Brax sobrevive. Nadie. Llevamos lo suficiente en la organización para haber asistido a varios intentos de sus lugartenientes por arrebatarse la jefatura. Ya sabes en qué acabaron.

—Si te implicas demasiado con ella, te arrastrará en su caída. Ninguna mujer merece tanto la pena, créeme.

Un silbido de aire les interrumpió. La presión en una de las tuberías había disparado un circuito automático de protección para aliviarla. La sala empezó a inundarse de una niebla fría que olía a óxido viejo.

—Personas como ellas son las que hacen que me importe seguir aquí —dijo Schiavo.

—¿Por qué? —Kapic giró una llave de paso, consiguiendo que el silbido aún se hiciera más fuerte.

—Porque no se conforma con lo que tenemos. Quiere cambiar, salir de nuestro estancamiento. Ella...

Su amigo logró de golpe cerrar el escape.

—¿Qué?

—Dime una cosa, Kapic: ¿por qué te uniste a Brax?

—Me rescató de un campo de trabajos forzados en Marte. Nos trataban como ganado en las minas de Icaria planum; había muchas bajas en el campamento; el polvo marciano provoca una especie de silicosis que te destroza los pulmones. Da igual que lleves mascarillas; siempre está flotando en el ambiente, se adhiere a las ropas y entra en tus pulmones por mucho que te limpies. No tenía dónde ir y él me ofreció este trabajo.

—Esa historia la conozco, pero, ¿por qué motivo sigues aquí? Podrías haberte marchado. Has pagado tu deuda con la organización de sobra.

Kapic reflexionó, como si fuera la primera vez que se hacía esa pregunta.

—¿Es por dinero? —insistió Schiavo—. ¿Porque quieres ascender en la organización, o acaso no has encontrado un trabajo mejor?

—Desprecio a los terrestres —dijo.

—Pero en tu interior, te sigues considerando humano. Quiero decir, podrías estar ahora en una esfera de datos, como muchos suryanos. Ni tú ni yo necesitamos un cuerpo para vivir, pero lo hemos elegido por una razón: no renegamos de nuestro pasado. Seguimos siendo lo que fuimos una vez.

—Los terrestres nos niegan el derecho a resucitar, nos consideran animales. Hay miles de errantes en la federación terrestre, tratados como perros. Quiero hacerles pagar por todo el mal que nos causan.

—Entonces no piensas de forma distinta a Elsa.

—No conozco su mente tan bien como tú —sonrió Kapic—, pero aquí estamos sujetos a una disciplina. Si Brax nos ordena que hagamos algo, lo hacemos. No cuestionamos sus razones ni sus métodos.

—Eres un buen amigo —Schiavo le palmeó la espalda—. Pero a veces hay que romper algunas reglas para seguir avanzando.

CAPÍTULO 2

I

Niit retiró la capucha de su abrigo para limpiarse el sudor de la frente. La temperatura aquel día era de unos agradables siete grados; la ausencia de viento, unida a un cielo despejado, hacía más llevadera la jornada.

Los cambios climatológicos en Sedna eran bruscos e inesperados. Un día se desataba una tempestad de granizo y al siguiente salía el sol. Tenían aún que aprender mucho de aquel planeta para ser capaces de predecir las tormentas.

Damián había suspendido el programa de exploración submarina con el batiscafo. La pareja de narvales era su obsesión, y estaba molesto porque los animales se negaban a hablar con él. Niit había salido a pasear por la playa con la excusa de recoger unas muestras, pero la realidad era que quería estar lejos de Damián y tomarse un respiro. La marea había empujado a tierra firme una jugosa variedad de algas y crustáceos, que Niit catalogaba e introducía en contenedores. La mascarilla de oxígeno le causaba picor de nariz y se la tuvo que quitar un instante para rascarse. Comprobó el nivel de su mochila: aún tenía suficiente para dos horas. No tenía intención de volver a la base antes de ese tiempo.

Una persona se acercaba a ella por el otro lado de la playa. Niit presintió que venían a fastidiarle el descanso con algún problema. Se apresuró a guardar en un bote a un cangrejo que trataba de huir, y a etiquetar las muestras que le faltaban por clasificar. Cuando su visitante alzó una mano y la

saludó, notó que no se trataba de uno de sus compañeros de la base.

Recordó que alguien mencionó durante el desayuno que un grupo de oceanógrafos se había desplazado desde el archipiélago de Kianda para un reconocimiento. No entendía por qué tenían que venir a Fong Yi; ellos no se metían en su territorio y para compartir datos ya tenían el satélite.

—Hola, nena —dijo el visitante, deteniéndose frente a ella, con la cabeza cubierta por la capucha de su abrigo. Niit identificó al instante de quién se trataba.

—¡Ángel! ¿Cómo... cómo me has encontrado?

—El universo es un pañuelo —sonrió el hombre—. ¿No vas a darme un beso?

—Lo último que supe de ti fue que te buscaba la policía. ¿Cómo lograste que la compañía te contratase?

—Preguntas, preguntas. Estoy aquí, eso es lo que importa —el visitante hizo una mueca de decepción—. Pensé que te alegrarías de verme.

—Me alegro, es solo que...

Ángel la abrazó. Sus mascarillas de plástico entrechocaron, censurando el beso que el hombre deseaba darle instintivamente.

—Corres mucho peligro aquí —dijo ella—. Si alguien en Markab descubre quién eres, te deportarán a la Tierra.

—Me he gastado muchos creds en cirujanos para que no ocurra.

—Yo te noto igual. Quizá la barbilla un poco más larga, y la nariz más gruesa y picuda.

—Niit, no me he operado la nariz —gruñó él, y le mostró sus manos—. Mis huellas dactilares son distintas, y tengo implantes orgánicos en la retina para engañar a los lectores ópticos.

Ángel había cometido una insensatez viniendo a Sedna. ¿Por qué lo había hecho, por ella? Niit se sintió halagada por ese pensamiento, pero a la vez temía las consecuencias que su relación con Ángel le acarrearía, si alguien se enteraba. Su ex novio era activista de la fundación por las libertades civiles en la Tierra, y sus frecuentes choques con los grupos de poder le habían granjeado enemigos. Ángel tenía el defecto de recurrir

a métodos poco ortodoxos para conseguir información que comprometía a empresas y autoridades, y eso fue su perdición. La policía encontró la ocasión propicia para detenerle al comprobar que desde el ordenador de su domicilio se accedía ilegalmente a diversas redes corporativas. Fue procesado por robo de información confidencial, extorsión, y media docena de delitos informáticos. Ángel no se presentó al juicio y desapareció. De eso hacía ya un año.

Recordaba que en la última conversación que tuvo con él, le mencionó que iban a enviarla a Sedna para estudiar su ecosistema. Ángel tenía muy buena memoria, y había dedicado este último año a conseguir infiltrarse en Markab para que le enviaran allí. Conociendo su estilo, seguro que habría suplantado la identidad de alguien, o alterado los registros de personal de la compañía.

—Éste no es un lugar seguro —dijo ella—. Deberías irte.

—Actualmente, no hay ningún lugar seguro en toda la federación de Tierra Unida. Por eso intento que las cosas cambien. Y lo harán, Niit. Nos llevará años conseguirlo, pero cambiarán.

—Mientras ese día llega, tendrás que pensar en otro lugar donde esconderte.

—Sedna me parece un lugar excelente. ¿Por qué tendría que irme? —Ángel la contempló fijamente—. Estás asustada porque puedan relacionarte conmigo y pierdas tu trabajo.

—No es eso. Es... bueno, sí. Me ha costado mucho que me enviaran aquí. Markab tenía cientos de xenobiólogos donde escoger, y me eligió a mí. No quiero echarlo todo por la borda ahora que he conseguido lo que deseaba.

—¿Y si te dijera que no he venido a Sedna por ti? Si te paras a pensarlo, descubrirás que no eres el ombligo del mundo.

—Has volado desde Kianda hasta aquí para verme.

—Cierto, porque no me atrevía a enviarte un mensaje a través del satélite. Tu amigo Damián es un sujeto de cuidado. Su historial de servicios está repleto de incidentes de sobornos a funcionarios para conseguir contratos, moviéndose por las cloacas de la compañía para hacer el trabajo sucio; y ahora lo

han mandado aquí, no sé si para quitarlo de circulación una temporada, o para premiarlo. El tiempo lo dirá.

—¿Has hecho este viaje para prevenirme sobre él?

—No. Estoy recopilando información sobre las causas de la desaparición de los narvales. En Kianda no conservamos ahora ningún ejemplar vivo. Tuvimos varios, pero murieron. Queremos enterarnos de las mejores técnicas para cuidarlos, si es que volvemos a encontrar algún ejemplar en buen estado.

—Si los hubiera, lo sabríamos. Los satélites no han detectado nada.

—¿Te refieres a esos mismos satélites que no pueden predecir que hoy saldría el sol? Vamos, Niit, confías demasiado en la tecnología. Si quedan aún narvales en el océano, estarán bien escondidos, y no les culpo; por nuestra ineptitud, hemos acabado con una especie que nos iguala en inteligencia —miró pensativo los contenedores que Niit había reunido sobre la arena de la playa—. Supongo que Markab llega tarde para hacer conservas con su carne. Habrían alcanzado precios astronómicos en el mercado negro.

—Te enviaré los protocolos que sigo para el cuidado de los narvales. El estanque lo mantengo cubierto, y purificamos el agua con filtros. Parece que los narvales están generando anticuerpos para defenderse de nuestros patógenos. Durante los primeros días, tenían fiebre y no comían; luego, se recuperaron. Su organismo se está adecuando muy bien.

—He oído rumores de que un tricéfalo llegará hoy a vuestra base para verlos.

—¿Un tricéfalo? —exclamó ella, incrédula—. Nadie me lo había dicho.

—Eso te dará una idea de lo mucho que Damián confía en ti.

—Continúa.

—Lo envía el gobierno de Utopía, y por si nunca has visto a uno, no tienen tres cabezas. Creo que la visita tiene algo que ver con la reciente alianza militar que Tierra Unida ha firmado con los errantes escindidos de Surya.

—No estoy muy enterada de los propósitos de esa alianza.

—Dicen que es para combatir a una organización de piratas, llamada la Tercera Vía, pero yo creo que los errantes buscan algo más. Ese tricéfalo lo sabe. Tienes que enterarte de lo que traman.

—Ya no trabajamos juntos, Ángel. Ahora tengo un empleo estable, y quiero conservarlo. Puedes continuar con tu cruzada para salvar el mundo, pero a mí déjame que viva en la realidad.

El hombre abrió exageradamente los ojos.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. La Niit que yo conocí jamás habría hablado así.

—Las personas cambian. Adquieren otros compromisos, nuevas metas. Pero tú, Ángel, nunca cambiarás. Sigues siendo el mismo de siempre.

—Dicho de ese modo, suena como si hiciese algo deshonesto.

—Lo siento, debo volver a la base.

—Te ayudaré a llevar esos contenedores.

—Puedo yo sola, gracias.

—Lo sé. Intentaba ser amable.

Niit recogió sus muestras y caminó en dirección a la base. Ángel la siguió.

—¿Por qué entraste en Markab? —dijo él—. ¿Acaso no sabes en qué clase de negocios está metida la compañía?

—Tenía que comer. Aún no he aprendido a extraer nutrientes del aire.

—Qué graciosa.

—Además, todas las compañías son iguales. La diferencia es que Markab es más grande.

—Mucho más grande. Surya le arrendó este planeta durante medio siglo. Una empresa terrestre nunca había obtenido un privilegio semejante.

—Un privilegio relativo. Markab sólo tiene gastos aquí —la mujer se volvió hacia él—. ¿Qué querías que yo hiciera? ¿Trabajar para el gobierno? ¿Dar clases en la universidad? La docencia me aburre; mi puesto está en Sedna, aprendiendo de otras formas de vida. Mi aula es la naturaleza, y estos frascos, mis libros —agitó el recipiente donde estaba aprisionado el cangrejo, que emitió un gañido.

—Aún puedes seguir trabajando por las libertades civiles, dentro de Markab.

—Ya viste en qué acabó la lucha. Intentaron enviarte a la cárcel.

—Fui más listo que ellos.

—¿Tú crees? Te retiraron de la circulación, convirtiéndote en un proscrito.

—Mi lucha no ha acabado. Sé que en el fondo me apoyas, pero estás asustada e incómoda por mi presencia. Tal vez debí haberte avisado de algún modo de que estaba aquí—Ángel alzó los ojos al cielo, haciendo visera con la mano—. Ah, el tricéfalo llega temprano. Será mejor que me vaya, pero volveré a verte. Niit, no olvides lo que hubo entre nosotros. Ni tus ideas.

Ángel se alejó. La mujer estaba confusa; observó el descenso de la nave y, alternativamente, al hombre. ¿Acaso tenía razón?

Esta vez no se dejaría arrastrar por él. Sus caminos se habían separado hace un año, y a partir de ese punto todo le había empezado a ir bien a ella. Si volvía a prestarle oídos, la envolvería con sus problemas y la hundiría en el océano. Con sus treinta y cinco años recién cumplidos, Niit ya estaba mayor para seguir jugando al ratón y al gato, era una lucha desigual en la que siempre llevaba las de perder.

Llegó a la base y, sin querer cruzarse con nadie, entró en su laboratorio y depositó las muestras en la mesa de trabajo. El cangrejo ya no se agitaba en el frasco; cuando alzó la tapa, comprobó que había muerto. Tal vez por la elevada concentración de oxígeno que los humanos necesitaban para respirar, o quizá por un ataque de pánico. Evidentemente, aquel animal no era un cangrejo, aunque su aspecto lo sugiriese. Se había descuidado en la recogida de las muestras, olvidando guardarlas en un contenedor estanco con filtros atmosféricos. Pero exteriormente lo parecía, ¿no? Un maldito crustáceo que no valía un pimiento.

Los suryanos demostraron la misma sensibilidad hacia los narvales, al llegar a Sedna.

Cruzamos decenas de años luz de espacio vacío y cuando encontramos vida autóctona, nos dedicamos a destruirla. ¿En qué me diferencio de los suryanos?, pensó.

Llevaba trabajando menos de una hora en los análisis cuando llamaron a su puerta. Era un hombre alto, de pelo negro y mirada agradable. Vestía una camisa gris perla, chaqueta negra y pantalones de cuero.

—Me llamo Joris —el hombre le tendió la mano—. He sido enviado por el gobierno de Utopía para colaborar con vosotros.

Niit le estrechó la mano al visitante, cálida y fuerte. Así que ése era el tipo del que le había hablado Ángel.

—¿Eres biólogo? —inquirió ella.

—Astrofísico.

—Esperaba que los tricéfalos fueseis diferentes. Ya sabes, con una cabeza más grande para vuestra personalidad múltiple.

—Lamento decepcionarte —sonrió él—. Si no te importa, preferiría que no empleases ese nombre. Tricéfalo suena a monstruo de feria.

—¿Persona de mente compuesta, quizá?

—Errante es suficiente.

—No me explico cómo tres conciencias distintas pueden convivir en un cerebro sin que estalle por las discusiones.

—Disponemos de zonas de privacidad. Hay pensamientos que compartimos y otros que mantenemos en secreto.

—¿Tienen nombre esas conciencias, o están realmente fusionadas en una?

—Se llaman Len, Dea y Yor. Son individuales y a la vez una sola persona. Es difícil comprender el concepto si no lo experimentas; a los católicos les suena a versión sacrílega de la Trinidad, una razón más para que nos desprecien, si es que necesitan alguna. No conozco una forma sencilla de definirme, es parecido a una comunión permanente, limitada a tres; aunque los errantes de Utopía nos hemos liberado de ese ritual y... —Joris carraspeó—. Perdona, olvidaba que eres terrestre.

—No entiendo lo que dices.

—Es igual; olvídate de que albergo tres personas en mi cabeza, y será más fácil —sonrió.

—¿Dea es mujer?

—En efecto; nos aporta una mayor riqueza de pensamiento.

—Quisiera charlar con ella un momento.

—Te refieres a que Dea tome el control del cerebro.

—Sí.

—Lo siento, pero nuestra mente no funciona de ese modo.

—Ya —Niit recogió sus apuntes y apagó la pantalla del microscopio—. ¿Qué es lo que trae a un astrofísico aquí?

—Eso quería explicarte. Nos han informado de los avances que has conseguido en la comunicación con los narvales.

—El mérito no es mío. Ellos me escogieron para hablar. Podían haber seguido callados, y después de lo que les ocurrió a sus congéneres, sería lo sensato. Creo que se sienten en deuda conmigo por haberles salvado la vida, y consideran de mala educación no contestar a mis preguntas.

—He oído que su sistema de organización de la memoria a largo plazo es único. ¿Qué has averiguado sobre eso?

—Codifican recuerdos mediante proteínas que almacenan en sacos de lípidos por todo su cuerpo, aunque esto seguramente ya lo sabes. Está en mis informes.

—Quieres decir que la grasa no sólo les protege de las bajas temperaturas, sino que es una especie de... biblioteca portátil.

—Básicamente. La transferencia de información mediante secuencias de aminoácidos que ensamblan proteínas es la base de la vida. La evolución dio un paso más en este planeta, permitiendo a los narvales que fijasen recuerdos mediante proteínas especializadas. Su organismo cuenta con una especie de ganglios o nódulos linfáticos que sirven de transductores de información.

Joris pestañeó.

—¿Voy demasiado deprisa? —sonrió ella.

—No. Manteníamos un diálogo interno sobre tus palabras. Prosigue, por favor.

—Esos transductores convierten la información electroquímica que procesa el cerebro en proteínas, y viceversa. La fijación bioquímica de información es mucho más estable que la electroquímica. Los recuerdos se distorsionan en las neuronas con el paso del tiempo y la memoria no es fiable a largo plazo. Para una civilización tecnológica, como la humana, esto no supone un problema: recurrimos a depósitos externos de almacenamiento de información, pero los narvales nunca han sido una cultura tecnológica, al carecer de apéndices manipuladores que les permitan construir herramientas.

—¿Has comprobado cómo se intercambian información entre ellos?

—¿Además del canto, quieres decir?

—Sí; en tus informes sugieres la frotación de la piel y los fluidos.

—No he detectado en la pareja de narvales de estudio que hayan recurrido aún a ese procedimiento, pero creo que debió de ser un método habitual entre su especie para comunicarse. Estos cetáceos recuerdan con detalle sucesos que ocurrieron hace miles de años, y ellos no viven más de doscientos, a lo sumo. La información transmitida oralmente se degrada y falsea al pasar por una cadena de individuos, pero tanto Tayalore como Gema han descrito por separado hechos concretos de su historia remota, y sus versiones coinciden por completo, así que es posible que hayan obtenido esa información mediante procedimientos distintos al lenguaje.

—Eso es muy interesante.

—Aún no me has dicho qué quieres de nosotros.

—Es cierto.

—¿Y bien?

—Vamos a llevarnos los narvales, y queremos que nos acompañes.

—¿Qué? Todavía se están recuperando, no sabemos lo suficiente de su fisiología para exponerlos a un traslado.

—Niit, los narvales están bien, Damián lo ha certificado.

—¡Él apenas los conoce!

—La decisión ya ha sido tomada, y procede del mando aliado.

—¿Los militares?

—Mi gobierno y el tuyo van a cooperar en una expedición conjunta, y necesitamos la ayuda de los narvales. La nave empezó a construirse antes de que descubriésemos lo que estas criaturas son capaces de hacer, pero no habrá dificultad en acomodarlos, porque se dotó a la nave de una cámara de agua que envuelve la zona habitable, para proteger a los pasajeros de la radiación.

—¿De qué radiación?

—De la que emite la nebulosa Limbo. Ése será nuestro destino.

II

Un destino muy diferente, aunque no menos peligroso, fue el asignado al *Concordia*. Los servicios de inteligencia de la flota aliada habían descryptado transmisiones del gobierno suryano, en las que se revelaba que algunos miembros de la Tercera Vía realizaban trabajos demasiado sucios para ser encomendados a la policía del régimen. Entre esos cometidos figuraba el traslado de errantes suryanos a cárceles de pensamiento, en donde se les torturaba durante años y luego se les devolvía a su lugar de origen, dejándolos vivir con el recuerdo de lo que habían padecido. Gracias a esas transmisiones, tendieron una emboscada a un transporte que llevaba media docena de presos a Hades, un planeta que no figuraba en las cartas de navegación.

Oficialmente, Surya negaba la existencia de las cárceles de pensamiento, alegando que, de existir, serían un desperdicio de recursos y tiempo de proceso, y que no había necesidad de torturar a ningún errante. Usando métodos más rápidos y económicos se les podía reinsertar en la comunidad, borrando de sus cerebros los patrones antisociales. El tiempo de proceso es dinero, y los suryanos tenían fama de ser muy

eficientes. Cualquiera que conozca la historia de Surya, de cómo comenzaron a expandirse por las estrellas cercanas a la Tierra a partir de asteroides acelerados con motores de fusión, sabrá de qué pueden ser capaces. En los albores de la colonización, cuando la barrera de la luz era un veto al viaje estelar de seres vivos, únicamente las máquinas y las inteligencias humanas, almacenadas en matrices artificiales, sobrevivieron a viajes que duraban décadas. Las estrellas estaban demasiado lejos para el hombre, y si algún día llegaba a ellas no sería en persona, sino por delegación.

Estos delegados demostraron gran eficacia en su cometido, hasta el punto de que levantaron de la nada su propia sociedad, diferente de la terrestre, con la que ahora rivalizaban económica y militarmente; pero no se distinguían por tener mucho aprecio a sus errantes, a los que consideraban meros instrumentos al servicio de la colectividad. Las cárceles de pensamiento sólo eran un instrumento más de los muchos que las autoridades usaban para mantener la paz social; a ciertos disidentes, cuidadosamente escogidos, se les enviaba a esos lugares y luego se les retornaba a sus mundos de origen para que hablasen de su experiencia con otros, ya que un mero reajuste de su personalidad no tendría el valor ejemplarizante que se pretendía.

Luis Torelli había padecido en su propia familia los retorcidos métodos policiales suryanos. A su madre, el gobierno se limitó a limpiarle el cerebro de ideas peligrosas, y le introdujo un programa que vigilase desde el subconsciente sus procesos mentales, pero su padre fue enviado a un lugar que le dejaría traumatizado el resto de su vida actual y sus futuras reencarnaciones.

Los recuerdos de aquel infierno calaban en el cerebro a tal profundidad que era imposible librarse de ellos sin cambiar por completo la personalidad de la víctima. Aunque el padre de Luis Torelli logró más adelante cruzar la frontera en una nave de refugiados y se afincó en el sistema Utopía, nunca volvió a ser el mismo. Los neurocirujanos no podían hacer nada con su cerebro, su matriz de personalidad estaba impregnada de los terrores y el sufrimiento que padeció en Hades; duplicar electrónicamente su mente y restaurarla en

otro cuerpo tampoco serviría de mucho, a menos que se depurase la matriz a fondo, y eso equivaldría a borrar el ochenta por ciento de lo que era.

En Hades hacían el trabajo a conciencia. Y ahora, Luis se dirigía a ese infierno.

Pero no permanecería allí mucho tiempo, o al menos eso esperaba. Debían contactar con Verkoczy, un disidente recientemente encarcelado que tenía información relativa a la Tercera Vía, bases secretas de la organización y vinculaciones de ésta con el gobierno suryano. Para ello, habría que bajar al planeta y entrar en la interfaz de acceso a la cárcel. No se podía hacer de otro modo, para no alertar a los mecanismos de alarma de Hades.

El *Concordia* saltó al interior del sistema planetario y se situó detrás de un gigante gaseoso, un punto ciego en el que su presencia no sería detectada por los satélites centinela. Un comando compuesto por Torelli, Valeri Ichilov y dos soldados de apoyo, se acercaba con un cargamento de errantes a su destino, a bordo de un transporte capturado. La operación no tenía garantías de éxito; debían confiar en la suerte y su habilidad para engañar al enemigo, y si algo iba mal, no contarían con la cobertura de sus compañeros. Para cuando el *Concordia* pudiese acudir a una hipotética llamada de socorro, ya estarían muertos, o quizá algo peor.

Luis observó los féretros donde dormían los cuerpos de los infortunados errantes. Así había viajado su padre una vez, como un animal, drogado para no causar problemas. ¿Qué derecho tenía el ejército a utilizarles como carnaza sin su consentimiento? Por lo que sabía del plan, no se contemplaba el rescate de los prisioneros una vez finalizada la misión. Esa pobre gente se quedaría en Hades durante años: sus cuerpos, encerrados en cámaras de estasis; sus mentes, torturadas en una pesadilla infinita.

Sí, había algo peor que la muerte.

—Deberíamos destruir ese lugar —dijo al teniente Valeri Ichilov, cuando la nave se insertó en una trayectoria de descenso al planeta—. Lanzamos una bomba nuclear y nos largamos.

Valeri le recorrió con la mirada. Se habían hecho amigos desde que lo rescató de la paliza, pero le sorprendió aquel comentario fuera de tono.

—Hay muchos errantes ahí abajo. Gente que saldrá algún día de la cárcel —respondió.

—No tienes ni idea del estado en que salen. No puedes imaginarlo ni por un momento.

—Si tu padre aún estuviera preso en Hades, ¿seguirías pensando lo mismo?

Luis guardó silencio.

—No llevamos nucleares a bordo —dijo Valeri—. Ese tipo de armamento puede detectarse con un escáner a larga distancia y ya nos habrían volado en pedazos.

—Entonces, deberíamos liberar a todos los presos que podamos. Empezando por éstos —Luis se volvió para señalar la media docena de féretros, donde dormían los prisioneros, apilados en el compartimento de carga.

—Nos limitaremos a cumplir órdenes. Tu gobierno ya tiene noticia de qué es este lugar y dónde está. Si realmente le preocupan los derechos de los errantes, enviará más adelante un escuadrón de castigo. Ya que oficialmente no existe, Surya no podrá acusar a Utopía del ataque.

—¿Si *realmente* le preocupan los derechos de los errantes? ¿Qué insinúas, Valeri?

—Nada.

—Vamos, puedes hablar claro.

—Está bien. Quería decir que tu gobierno podría haber encontrado Hades antes, de habérselo propuesto. No parece que los suryanos hayan sido muy discretos ocultándolo; al final, sólo había que sentarse tranquilamente a escucharles.

La nave sufrió una sacudida cuando comenzaron a penetrar en la débil atmósfera. Hades era un planeta inhabitable y las temperaturas en su superficie rozaban los doscientos grados a la sombra. Su sol, amoratado y enorme, ardía en el firmamento con un brillo crepuscular. Hace cien mil años, Hades fue un planeta habitable, pero el aumento de tamaño de su sol evaporó los océanos y calcinó su superficie, convirtiéndolo en un desierto. Actualmente era el lugar ideal para la sede del infierno. Cualquier preso que escapase de las

instalaciones carcelarias no tendría adónde ir. Fuera le esperaba una muerte segura. No había agua, ni seres vivos que pudiera cazar, y el aire le quemaría los pulmones en cuanto aspirase una bocanada.

El paisaje estaba muy erosionado; no había cráteres, pero sí antiguos cauces fluviales que solo llevaban piedras y el polvo del olvido; las plantas, junto con los animales, se habían extinguido, incapaces de adaptarse a las nuevas condiciones climáticas. Si existía alguna reserva de agua subterránea, quizá los microorganismos hubiesen migrado hacia allí. Lo inquietante de aquel mundo no eran sus condiciones hostiles a la vida, pues la inmensa mayoría de los planetas descubiertos eran demasiado calientes o fríos, sino que Hades había sido en el pasado un vergel. Mirar la faz de aquel mundo devastado era contemplar el destino que le esperaba a la Tierra en un futuro remoto. Claro que, para entonces, probablemente no viviría ningún humano para presenciar cómo el Sol se hinchaba y destruía todo rastro de vida.

Luis despertó a la realidad al notar que el tren de aterrizaje se había posado en la superficie. Abandonad aquí toda esperanza, pensó, dirigiéndose a la esclusa por la que accederían a la entrada del complejo carcelario. Su padre le había proporcionado una descripción detallada del lugar, y de lo que encontraban allí abajo los presos. No existía una cárcel común para los reclusos, sino tantas como internos, personalizada de acuerdo con las pesadillas y traumas del individuo acumulados en su subconsciente. Alguien dijo que cada persona lleva en su interior su propio infierno. En Hades, este aserto era algo más que retórica.

Al otro lado de la esclusa encontraron un pequeño vehículo, en el que cargaron los seis féretros. No hallaron a nadie para recibirles. En Hades no había errantes de carne y hueso; quizá el gobierno suryano juzgó que a la larga podrían desarrollar sentimientos de compasión hacia los prisioneros. Luis y Valeri se subieron al vehículo, dejando a los soldados custodiando la nave. Las galerías estaban desconsoladamente vacías, ni un robot de mantenimiento, ni un ruido que delatase que allí había alguien. Las instalaciones podían albergar hasta diez mil personas, aunque normalmente no estaban llenas. Los

sistemas de soporte vital mantenían en animación suspendida los cuerpos de los prisioneros, mientras inteligencias artificiales especializadas accedían a la prótesis raquídea implantada en la base del cráneo, artrópodos electrónicos manipulando la tela de araña neuronal, nutriéndose de los minúsculos impulsos eléctricos que saltaban entre dendritas y axones para realizar su trabajo, monitorizando frustraciones, refrescando humillaciones, angustias y terrores ocultos, tejiendo un mapa cerebral completo del dolor.

Tras recorrer pasillos sombríos durante varios minutos, el vehículo se detuvo en una sala que recordaba a los antiguos cementerios, en los que se archivaba a los difuntos en pabellones repletos de nichos. Varias lápidas metálicas se abrieron para dejar al descubierto los huecos donde se alojarían los cuerpos de los prisioneros. Uno a uno, fueron depositándolos en su lugar. Las máquinas de soporte vital introducían sondas bajo su piel, disminuyendo la actividad metabólica de todos los órganos, salvo el cerebro, al que mantenían bien alimentado.

Luis entró en uno de los huecos, y dejó que el sistema creyese que era uno de los presos. Cuando reuniese la información que había venido a buscar, Valeri tendría que operar manualmente la consola de soporte vital para desconectarlo y sacarlo de allí. Si los protocolos que Luis llevaba grabados en su cerebro funcionaban, el sistema no detectaría la intrusión y podrían salir sin levantar sospechas; pero en el caso de que se quedase atrapado, confiaba que tuviera tiempo de radiar la información al *Concordia*. Valeri emitiría desde fuera del nicho una señal para que se suicidase y la mente de Luis sería restaurada por sus superiores en otro cuerpo.

Confiaba no llegar a ese extremo; si las máquinas de Hades descubrían el engaño, Valeri no tendría una segunda oportunidad; su amigo no era un errante, y su muerte sería definitiva. No entendía por qué se había presentado voluntario; quizá los terrestres querían demostrar que eran tan capaces o más que los errantes para ese tipo de misiones, y eso no era cierto. Luis suponía que, si se les discriminaba en las misiones que entrañasen riesgo, acabarían siendo marginados en todas,

porque la posibilidad de morir estaba siempre presente, y el ejército terrestre no iba a dejar que se les quitase protagonismo a sus militares.

Honor y orgullo antes que eficacia. No le extrañaba que los suryanos les llevasen ventaja.

Una sensación agobiante le inundó cuando se quedó tendido en el interior del nicho. La placa frontal se había cerrado y Luis quedó a oscuras. Notó una picadura en su antebrazo derecho, y el tacto de ventosas colocándose sobre el corazón, el vientre y la cabeza. Su implante raquídeo estaba siendo penetrado por un programa de análisis neuronal, pero iba preparado para eso. El implante engañó al programa intruso y utilizó su código para reconfigurarlo y obtener acceso al sistema informático de la cárcel. A partir de ahí, liberó un algoritmo de búsqueda para encontrar a Verkoczy, el preso que debía darle la información que buscaba el mando aliado.

Respiraba con dificultad. Sentía una opresión en el pecho y sus amígdalas hinchadas, obstruyendo el paso del aire. Frente a él apareció un pasillo mal iluminado; su cabeza rozaba el techo y las paredes se estrechaban conforme avanzaba. Empezó a bajar los peldaños de una escalera que parecía no tener fin; quizá sería mejor volver sobre sus pasos, pero cuando se giró, el corredor se había encogido aún más y no le dejaba retroceder. Ya debía haber accedido al sistema informático de Hades, pensó, ¿o era una alucinación producto del sedante que le habían inyectado en el brazo? Tal vez no había completado la misión y le habían atrapado. Pero en ese caso, Valeri tendría que haberle enviado la señal de suicidio. A menos que no hubiese tenido tiempo. En tal caso, su amigo estaría muerto, y él se quedaría atrapado en Hades para siempre.

Tenía miedo. La pintura de las paredes de aquel pasadizo estaba desconchada y húmeda, y se levantaba en jorobas parduscas. Algunos escalones eran más altos que otros; debía tener cuidado dónde pisaba. La escalera giraba a la izquierda, luego un tramo recto y doblaba otra vez a la izquierda. ¿Estaría bajando por el interior de una torre? ¿Qué encontraría en la planta baja, si es que llegaba allí?

Verkoczy localizado, le susurró una voz dentro de su cabeza. El sistema de rastreo funcionaba.

Al pie del último tramo de escalera halló una puerta. Luis suspiró aliviado y giró el picaporte.

En el exterior halló una campana de bronce; tenía la altura de una persona, con impactos de bala en su superficie. Se había desprendido de una iglesia en ruinas, devastada por las bombas. Luis se apartó de allí en el instante en que unos cascotes caían de las cornisas del frontal del templo, levantando una gran polvareda.

Miró al cielo, encapotado por un manto de nubes negras que rezumaban una insana luminosidad interior. Las ruinas se extendían a su alrededor hasta donde alcanzaba la vista. Enormes pájaros grises sobrevolaban la ciudad, produciendo un estruendo atroz. Un silbido sobre su cabeza le alertó de que no eran aves, sino aviones. Corrió a refugiarse detrás de un camión, justo cuando la bomba tocaba el suelo y abría un cráter.

—¿Qué hace usted ahí? —le dijo un hombre, escondido detrás de la esquina de una casa a la que le faltaba el tejado y parte de la fachada—. ¿No ha oído las sirenas?

—No soy de aquí —Luis se acercó al hombre—. Estoy buscando a Verkoczy.

—¿Qué quiere? —el hombre se asustó y buscó entre sus ropas un arma que no tenía.

—Tranquílcese, solo quiero hablar con usted. He venido a ayudarle.

—¿Cómo sé que no es un espía? —Verkoczy cogió rápidamente una piedra del suelo, y la esgrimió contra él.

—Para empezar, este lugar no existe. Su mente está prisionera en un entorno virtual fabricado por el gobierno de Surya, en el que acaban los errantes que causan problemas al régimen.

—No... no le entiendo —dijo Verkoczy, tembloroso.

—Usted fue detenido hace mes y medio y enviado aquí para ser torturado. Han extraído este lugar de su mente para atormentarle y aumentar su sufrimiento. Revivirá todas sus pesadillas una y otra vez, hasta que alguien decida...

—¡Cuidado!

Verkoczy lo tiró al suelo. Una nueva bomba había estallado muy cerca, esparciendo por los aires los restos de varios coches estacionados en la calle. Al reventar una tubería, se levantó un surtidor de agua que empapó sus ropas.

El hombre lo condujo a la boca de un refugio subterráneo. Las escaleras eran tan sucias, estrechas y deprimentes como las que Luis había encontrado en el interior de la torre. Allá abajo había docenas de heridos, con las ropas ensangrentadas; se fijó en un niño de seis años, abrazado a su madre: le faltaba una de las manos y había perdido una oreja.

—Hable —dijo Verkoczy.

—Le sacaremos de aquí, pero necesito cierta información que usted posee acerca de los comandos de la Tercera Vía. Bases, efectivos, organigrama, cualquier dato acerca de esa organización nos será útil.

—¿Cómo sabe que tengo contactos con ellos?

—Ya le he dicho que este lugar no es real. Piense un momento, ¿cuándo fue la última vez que comió, o durmió? ¿Recuerda lo que hizo ayer? ¿Lo recuerda?

Por la expresión de su cara, Verkoczy comenzaba a entender.

Una anciana se acercó a ellos, en una destartalada silla de ruedas. Le habían amputado el antebrazo derecho, y el muñón olía a carne putrefacta.

—¿Es amigo tuyo, hijo? ¿Trae comida? ¿Medicinas?

—No trae nada. Déjanos solos, madre.

La anciana se alejó, contrariada; Luis se lo llevó a un rincón apartado de la muchedumbre.

—Tengo que acceder a su mente —le dijo—. Cierre los ojos, por favor. Será un momento.

Verkoczy asintió. Al principio opuso resistencia a que su mente fuera escrutada, pero poco a poco se fue relajando y le abrió el camino a los archivos que a Luis le interesaban.

Cuando se cercioró de que lo tenía todo, se apartó de él.

—Ha dicho que me sacará de aquí. ¿Cuándo?

—Pronto —mintió Luis—. Valeri, lo tengo.

—¿Valeri? ¿Con quién habla?

Luis cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Verkoczy seguía inexplicablemente ahí.

—Valeri, lo tengo —repitió. Era el comando verbal convenido para que su amigo lo desconectase del nicho de estasis, pero no ocurría nada.

—Le he hecho una pregunta —Verkoczy lo cogió del cuello.

—Bloqueo temporal del nódulo raquídeo —la orden debería haberlo dejado inconsciente, pero Verkoczy seguía allí, oprimiéndole la garganta.

Algo iba mal. Si permanecía en ese lugar mucho rato, pronto olvidaría para qué había venido y sería integrado en la pesadilla.

La anciana regresó en su silla de ruedas y le señaló con el muñón infectado. Una vaharada pestilente inundó sus fosas nasales y Luis reprimió una arcada.

—Comida —dijo, tratando de levantarse de su silla.

—No tiene, madre —le dijo Verkoczy.

—Estamos hambrientos —la anciana se levantó y avanzó hacia él, alzando un dedo sarmentoso—. No es de los nuestros. Si no ha traído alimentos, será nuestra comida.

La vieja le enseñó una dentadura postiza metálica, con unos colmillos enormes. La abrió y cerró un par de veces, como un caimán ansioso, produciendo el chirrido de una bisagra oxidada.

—¡Quién eres! —le sacudió Verkoczy.

—Déjame, hijo —la vieja clavó sus dientes en el costado de Luis, quien gritó aterrorizado.

Despertó en un lugar oscuro. ¿Dónde estaba? Al tratar de incorporarse, se golpeó la frente, pero eso le hizo recordar lo que había pasado. Llamó a gritos a Valeri.

Su amigo lo sacó del nicho. Luis se miró el costado, pero no había señal de mordedura.

No se entretuvo en explicarle lo que había pasado, o en recriminarle por qué tardó tanto en rescatarle de allí. Sabía que el tiempo subjetivo dentro de una realidad virtual transcurría más rápido que en el exterior; lo que a él le parecieron minutos, para Valeri podían haber sido unos segundos. Lo único que quería en ese momento era salir de allí y no volver jamás. Ahora entendía las historias que su padre le había contado acerca de ese lugar, y de que los prisioneros preferían

morir antes que permanecer un solo día en aquel infierno. Destruirlo era un acto de compasión hacia ellos, una obligación moral, pero al ejército no le preocupaba nada de eso. Quizá Valeri tenía razón, quizá Utopía conocía la existencia de Hades y le importaba un bledo. Su gobierno defendía supuestamente los derechos de los errantes, acogía a los refugiados de Surya, les daba un empleo, pero ¿y aquellos presos? ¿Acaso no tenían derechos?

Su gobierno tenía miedo de Surya, miedo a las represalias, a que hubiera otros Hades ocultos donde, silenciosamente, fueran a parar los errantes furtivos. Para eso tenían los suryanos a la Tercera Vía, para secuestrar a los enemigos del régimen allí donde se refugiaban. Y ese miedo era el que había forzado a Utopía a aliarse con aquellos que más despreciaban a los errantes.

Los terrestres.

III

«La Tierra sigue tolerando la esclavitud en sus colonias, y lo único que hacemos es pellizcar un poco aquí y allá. Si queremos que nos consideren algo más que un grupo de piratas, tenemos que golpearles fuerte».

Schiavo recordó las palabras de Elsa, mientras el comando de asedio se dirigía a la colonia terrestre de Vega. Golpear fuerte para que les tomasen en serio. ¿No estaban subestimando la inteligencia del adversario? Los métodos terroristas no daban frutos, sólo servían para incrementar la violencia y causar más dolor entre los inocentes. Sin embargo, no podían permanecer impasibles ante el comportamiento bárbaro de algunas autoridades coloniales, que empleaban a errantes como esclavos en aquellas tareas que, por su peligrosidad o su baja consideración social, los terrestres no querían hacer.

El gobierno central de Tierra Unida mantenía una política laxa hacia sus colonias; los políticos de Bruselas

rechazaban la esclavitud y la pena de muerte de cara a la opinión pública, pero su constitución daba libertad a las colonias para legislar sobre estos aspectos. El tráfico de errantes era un hecho tolerado por las autoridades desde hace décadas, y movía miles de millones de creds al año. Dado que, con las leyes terrestres en la mano, un errante no era un ser humano, jurídicamente no existía esclavitud. Mientras el senado federal debatía, sin mucha prisa, una propuesta para llenar el vacío legal y conceder a los errantes algunos derechos civiles, la mano de obra barata seguía llegando a las colonias de la frontera, con jornadas de trabajo de quince horas al día. Los que caían en las redes esclavistas eran suryanos sin recursos, y muchos de ellos se habían arruinado al no poder pagar a su gobierno el alquiler de su cuerpo.

Surya disponía de sus propias granjas de cultivo de cuerpos. Cuando un errante moría, se reencarnaba su matriz cerebral en un nuevo cuerpo, siempre que suscribiese con el banco una hipoteca para reintegrar su precio. Como éste era desorbitado, hacía falta una vida entera y parte de otra para pagar el préstamo. Algunos sentían la tentación de evadir sus responsabilidades y dejar de pagar los plazos, pero no era una elección sensata. Otros, aunque quisiesen, no podían pagar. Existía una cláusula en el contrato que facultaba al banco a despojar al cliente de su cuerpo si dejaba de pagar tres cuotas, pero sucedía en raras ocasiones. Los cuerpos usados tenían mala salida en el mercado, y los incumplimientos de pago solían darse años después del préstamo, cuando el organismo del deudor había envejecido o sufrido enfermedades que habían dañado sus órganos.

Schiavo sospechaba que aquellos desgraciados que no se mantenían al corriente de sus cuotas acababan en las redes de tráfico de esclavos, y todo ello con la complicidad de los bancos y las autoridades suryanas. Como forma de paliar su dependencia de las hipotecas corporales, que los encadenaban de por vida, la Tercera Vía mantenía un programa de venta de nanomeds a los errantes suryanos. La nanomedicina prolongaba la vida útil de un cuerpo varias décadas, o incluso un par de siglos, si se le cuidaba bien. Surya detentaba el monopolio de la distribución de nanomeds en su territorio, por

obvias razones. Al gobierno no le interesaba que los cuerpos de sus errantes vivieran más allá de su vida útil estándar, porque de otro modo acabarían pagando su hipoteca corporal y perderían volumen de negocio y poder sobre ellos. Por eso, Schiavo había adquirido, en nombre de la organización, varias partidas de nanomeds en el mercado negro, que luego revendía a los errantes suryanos. No era una acción completamente altruista: el margen de beneficio por estas ventas eran de un mil por ciento, pero aún así, salía más rentable a los suryanos comprárselos a ellos que a las empresas de biotecnología de su gobierno.

Aparte de ser mucho más caros, los nanomeds legales requerían actualizaciones periódicas para seguir funcionando, supuestas mejoras en el rendimiento y optimizaciones de código que desde luego no eran gratis. Si el cliente rompía su suscripción, al cabo de pocos años las nanomáquinas comenzaban a comportarse de forma anómala en su organismo, atacaban al hígado y a los riñones, formando quistes, inflamaban los intestinos, causaban úlceras, neumonías, y un amplio abanico de enfermedades que atormentaban al paciente hasta que no le quedaba más alternativa que pasar por caja de nuevo. Los nanomeds ilegales, en cambio, no requerían actualizaciones; se inoculaban al paciente una sola vez en la vida y no precisaban renovaciones de *software*. Su buena aceptación entre los suryanos llenaba las arcas de la organización; los pedidos se habían multiplicado en las últimas semanas y Schiavo no daba abasto para servirlos.

Pero aquello era demasiado bueno para durar. Rigel, una lejana colonia suryana de la frontera, había informado de los primeros casos de muertes a consecuencia de la inoculación de los nanomeds que Schiavo les había vendido. El mercado negro tenía esos riesgos: no siempre la mercancía de los proveedores era de primera calidad, e incluso algunas firmas de biogenética legales introducían nanomeds defectuosos en estas redes para hundirles el negocio, y disuadir a los consumidores de comprar nanomeds fuera de los circuitos comerciales autorizados.

Schiavo se consoló al pensar que los errantes no morían, sino solo sus cuerpos físicos; sin embargo, aquellos que no disponían de dinero para reencarnarse no volvían a la vida real. La migración a una esfera de datos virtual era un sustituto económico a corto plazo, pero el tiempo de proceso había que pagarlo, y a la larga incluso salía más caro que una hipoteca corporal.

Surya comenzó su expansión prometiendo la inmortalidad de la conciencia, y sin embargo, había acabado poniendo precio al mero hecho de vivir. La inmortalidad había dejado de ser un derecho de los errantes, para convertirse en un lujo, y los descontentos del régimen que en el pasado fundaron Utopía, para luchar contra la injusticia, no lo estaban haciendo mucho mejor. Utopía comenzaba a parecerse a la omnipresente Surya, se hacía más burocrática y compleja, y había creado su propio ejército.

—Hemos llegado a la colonia Vega —le dijo Kacic.

Schiavo pestañeó. La luz, retorcida en un túnel de partículas tras el último salto de aproximación, se había desplegado en abanico para formar el cuarto creciente del planeta vegano, una bola de nieve sucia suspendida en la nada, con abundantes yacimientos de minerales que justificaban el mantenimiento de la colonia. Los terrestres habían rentabilizado la explotación a costa de los esclavos suryanos que trabajaban en las minas en condiciones penosas.

Schiavo observó la aparición en el panel táctico de las otras cinco naves que componían la escuadrilla de castigo que él dirigía. El primer objetivo serían los satélites de comunicaciones de la colonia. Con la red inutilizada, la capacidad de defensa se vería mermada considerablemente; dejando vía libre a los objetivos de superficie. El mapa mostraba la localización de una de las minas principales. En esos momentos no había trabajadores en su interior. La actividad estaba en parada técnica por labores de mantenimiento, y no se reanudaría hasta dentro de unos días. Introdujo las coordenadas en uno de los misiles y esperó confirmación de posición del resto de pilotos para iniciar el ataque.

—Recibo una llamada de la colonia —le informó Kapic—. Dice que es el gobernador Moghisi.

—¿Qué demonios quiere?

—Hablar con quien esté al mando. Desea parlamentar.

Schiavo transmitió un mensaje al resto de la escuadrilla para que se mantuviera a la espera de órdenes, y aceptó la llamada.

—La transferencia de la cantidad que nos pidieron ya se ha realizado —dijo el gobernador, visiblemente nervioso—. Ahora, márchense por donde han venido.

—¿De qué está hablando? No les hemos pedido dinero. Moghisi puso gesto de desconcierto.

—Oiga, pásame con su superior inmediatamente.

—Yo soy quien está al mando, y no sé nada de dinero.

—Rashid es uno de sus hombres, ¿no?

—Aguarde un momento —Schiavo llamó a la nave de Rashid—. Tengo al gobernador en espera. ¿Has negociado con él sin consultármelo?

—Creí que Néstor habló contigo antes de despegar —respondió Rashid.

—No me dijo nada, y Néstor no está aquí ahora.

—Entonces deberías contactar con él por lazo cuántico.

—Él no planificó esta operación, sino Elsa, y rendiré cuentas a ella.

—Te estás equivocando, Schiavo. No sé lo que te habrán ordenado, pero este tipo de operaciones son habituales. Las colonias se muestran reticentes a pagar hasta que aparecemos y les damos un escarmiento. Al menos el gobernador ha sido inteligente...

Schiavo cortó la comunicación y recuperó la llamada de Moghisi.

—Gobernador, la persona que habló con usted no tenía autoridad para negociar. Vamos a atacarles por cometer secuestro y explotación de seres humanos.

—Los errantes no son humanos. No hemos incumplido ninguna ley.

—Libérelos y nos marcharemos.

—¿Qué hay del millón de creds que acabo de pagarles?

—Si quiere recuperarlo, ya sabe lo que tiene que hacer.

El radar detectó la aproximación de un racimo de puntos que acababan de ser lanzados desde una plataforma orbital. Schiavo cerró la comunicación y alertó a la escuadrilla para que se dispersase.

Demasiado tarde. Uno de los proyectiles, que albergaba una cabeza nuclear táctica, detonó cerca de una de las naves más rezagadas y la transformó en una bola de fuego. Las demás naves repelieron el ataque y lograron interceptar en vuelo al resto de proyectiles, facilitando la labor al misil que lanzó Schiavo, y que partió la plataforma orbital de defensa en tres grandes pedazos, que cayeron en espiral al pozo de gravedad del planeta.

Había sido un movimiento de defensa inesperado. Por lo que él sabía, las colonias humanas carecían de ojivas nucleares. El gobierno federal consideraba que el peligro que encerraba transportar o almacenar armas atómicas era muy superior a la supuesta protección que proporcionaban. Pero el hostigamiento de la Tercera Vía había cambiado esta política de contención.

—Cóndor 2 y 3 y 5 neutralicen objetivos en órbita. Cóndor 4, présteme cobertura.

La nave de Schiavo entró en la atmósfera. Podría haber lanzado el misil desde la posición en que se hallaba, pero las baterías antiaéreas de la colonia lo derribarían fácilmente. Tendría que aproximarse todo lo que pudiese al blanco.

—Nos disparan desde la superficie —le informó Kapic—. Localizados dos silos activos.

—Quieren que nos desviemos de la trayectoria. Lanza los señuelos.

Al dejar atrás la última capa de nubes, el blanco desierto del planeta se extendió bajo ellos, en un manto infinito salpicado ocasionalmente por mesetas que sobresalían como tartas apelmazadas. En el hemisferio sur existían numerosos macizos montañosos que rompían dramáticamente la monotonía del paisaje, pero ahora estaban en el norte, y allí era difícil establecer puntos de referencia sin la ayuda de un ordenador.

Las contramedidas y la destreza del piloto de la nave escolta les libró de la salva de bienvenida del gobernador. En

el mapa en relieve de la pantalla destellaba el objetivo que Schiavo iba a destruir. Liberó el misil de la abrazadera y aquél se alejó obedientemente hacia el horizonte.

—El misil cambia de trayectoria —dijo Kopic—. Fallo en su sistema de aviónica.

—¿Qué?

—Alguien le ha programado un nuevo curso.

—¿Puedes rastrear el origen de la señal?

—Lo intentaré.

—Cóndor 4, colóquese en paralelo y esté atento. Vamos a acercarnos más al blanco.

Schiavo disparó un nuevo misil. El objetivo ya destacaba a simple vista en mitad del páramo helado, una serie de agujeros de perforación flanqueados por tres grandes torres; en la central flameaba una larga lengua de fuego con un brillo obscuro.

Como temía, el segundo misil tampoco llegó a su destino. No se desvió de su trayectoria, pero estalló en el aire a medio kilómetro de la mina, sin producir el menor daño a las instalaciones.

—He triangulado el origen de la señal —dijo su compañero—. Procede de la órbita.

—Déjame adivinar. Rashid.

Kopic se inclinó sobre la consola para actualizar la posición de los comandos, y asintió con la cabeza.

—Cóndor 4, abortamos misión —ordenó Schiavo—. Volvemos con el resto del grupo.

Las baterías antiaéreas del gobernador no les persiguieron mientras subían a la alta atmósfera. Schiavo nunca se había enfrentado a un acto de rebelión en una operación militar.

Los contactos por radio con base Liberación estaban restringidos a un caso de auténtica emergencia. Pero aquél lo era. ¿Debería utilizar el dispositivo de enlace cuántico y pedir instrucciones a Elsa? Eso denotaría su debilidad de carácter. Schiavo ya estaba cansado de que le asignasen misiones de compra y transporte de suministros. Tenía que demostrar sus dotes de liderazgo, y encargarse de Rashid él solo.

Alertó al resto de unidades que se mantuviesen alerta y vigilasen la nave del amotinado, ordenando que al menor comportamiento sospechoso abriesen fuego contra él. Luego, mandó a Rashid que se acoplase con su nave y subiese a bordo.

—Supongo que me has traído aquí para relevarme del mando de mi nave —le dijo el visitante, con aspecto muy tranquilo. Venía desarmado, y aparentemente creía tener la situación bajo control.

—Te mataría aquí mismo si no fuera porque sé que guardas una copia de tu cerebro fuera de la base, a buen recaudo.

—¿Tú no? —sonrió Rashid.

Schiavo sacó un dispositivo de su bolsillo y jugueteó con él, dejando que su interlocutor se preguntase qué se proponía.

—¿Para quién trabajas?

—Ya te lo dije, jefe. Néstor me dio instrucciones para negociar con el gobernador y evitar un ataque.

—¿Cuál era tu tajada de ese millón de creds?

—Ninguna.

—Este aparato es un disruptor neural. Inflige una descarga eléctrica en el hipotálamo, a través de tu implante raquídeo.

—Ese tipo de métodos de tortura están prohibidos. Ni siquiera Surya los aplica para...

Rashid cayó al suelo, retorciéndose de dolor.

—¿Desde cuándo cobráis esas comisiones? ¿Cuánto se iba a llevar Néstor de la operación? ¿A cuántas colonias habéis extorsionado? ¿Con quién más repartís el dinero?

Rashid boqueó. De sus fosas nasales colgaba un hilo de sangre.

—Pregúntaselo a Néstor cuando lleguemos. Si te atreves —le dirigió una mirada de rencor—. Yo cumplía órdenes.

—No has cumplido las mías.

—Néstor está por encima de ti en la organización —Rashid se incorporó—. Te hará trizas, te machac... —gritó y cayó de rodillas.

—No es muy inteligente provocarme en estos momentos —dijo Schiavo, acariciando el disruptor.

—Kapic, ¿desde cuándo un compañero tortura a otro en la Tercera Vía?

—Contesta al jefe, cabrón. Tú ya no eres compañero mío.

—No sé qué hace Néstor con el dinero o con quién lo reparte, de verdad, Schiavo. Puedes mirar dentro mi mente, si quieres.

—¿Una comunión, ahora?

—No lo hagas —le previno Kapic—. Podría ser una trampa.

—¿De qué tienes miedo? —le provocó Rashid—. ¿Temes descubrir que te cuento la verdad? —le recorrió con la mirada—. Oh, no es eso. Estás cagado porque no eres lo bastante fuerte y yo podría tomar el control de tu mente.

—Kapic, cédele el asiento.

—Es un error —trató de disuadirle su amigo—. Es precisamente lo que quiere que hagas.

—Siéntate aquí, Rashid, y colócate la interfaz en la cabeza.

El hombre se levantó del suelo, dolorido, y se sentó en el asiento del piloto con una media sonrisa. Schiavo se colocó junto a él, y se ciñó el dispositivo de acoplamiento para establecer la comunión mental.

Rashid se ajustó el suyo; ya no se le veía tan seguro, pero podía ser una pose para engañarle. Schiavo recibió la señal de que se había abierto un puerto de comunicación bidireccional entre ambos.

Los pensamientos de Rashid comenzaron a fluir a su alrededor, una nube difusa de recuerdos mezclada con temor y resentimiento. Oponía una tenaz resistencia a la exploración, y en particular, a liberar cualquier información concerniente a Néstor. Sus filtros de protección eran muy difíciles de romper, y ocultaban sectores de memoria enteros. Un sujeto tan poco importante como Rashid no debía tener acceso a aquellos códigos de seguridad; iban en contra de la política de Elsa, que utilizaba las comuniones para descubrir a infiltrados. Sólo

los lugartenientes de Brax —y Néstor era uno de ellos— podían hacer uso de tales sistemas de bloqueo.

Para quitar los candados de protección tendría que regresar a la base y requerir ayuda. Allí no tenía potencia de proceso suficiente para hacerlo.

—¿Quién eres? —le preguntó Rashid—. ¿Quién eres *realmente*?

La mente de Schiavo comenzó a ser invadida por un hormigueo insidioso. Rashid estaba penetrando en su cerebro.

—Creo que no eres quien aparentas ser —dijo Rashid en voz alta.

—Ese truco no te valdrá conmigo —Schiavo se retiró la interfaz cerebral—. Estás jodido, Elsa te quemará neurona a neurona hasta que te saquemos la información que queremos.

Rashid le miró con recelo:

—Ya veremos quién acaba con el cerebro quemado.

La luz del infinito. 272 páginas.

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniosuarez.es>